

CAMBOYA EN PRIMER PLANO DE LA ESCENA INTERNACIONAL

Desde el pasado 18 de marzo, Camboya se ha situado en un primer plano en la escena internacional, lo cual contrasta con la reserva y discreción de este país durante la etapa de la presencia francesa en Indochina, y asimismo durante el período de descolonización y la guerra del Vietnam con Francia. Ciertamente, desde que se inició el conflicto con Vietnam, de cuando en cuando se han oído las protestas de Camboya contra los Estados Unidos o Tailandia, pero jamás han sido tan violentas como para suscitar inquietud. Por lo demás, tras esos desahogos de marcado carácter verbal, aunque viéronse en ocasiones acompañadas de rupturas de relaciones, Camboya volvía al silencio y a la proclamada neutralidad con relación a la guerra que ardía en una de sus fronteras. Esta postura circunspecta y hábil fue también la que observó Camboya frente a una penetración francesa que la convirtió en tiempos de Napoleón III, y junto con Cochinchina, en cabeza de puente de la expansión francesa en un sector del Sureste asiático, llamado a partir de 1888 la Federación de Indochina francesa. La constituía, aparte de la protegida Camboya y la colonia de Cochinchina, Annam y Tonkin, a los que se agregaron en 1893 Laos y el territorio chino de Kuang-cheu-Wang en 1900¹. Mientras que en los territorios del antiguo Tonkin, Annam y Cochinchina, e incluso Laos, la resistencia armada primero y después la lucha solapada o abierta contra Francia, puede calificarse de permanente², Camboya se sometió sin aspavientos a las consecuencias del tratado de protectorado de 1863. Se mantuvo al margen de las actividades de sus vecinos vietnamitas, con los que tradicionalmente no mantenía buenas relaciones, lo cual suele

¹ Cedido a Francia en arriendo, este territorio fue devuelto a China en 1943.

² Numerosas sociedades secretas y partidos clandestinos fomentaron disturbios y atentados contra las autoridades francesas, en particular el Viet Nam Quoc Dan Dang, fundado por Fan Boi Chau antes de la primera guerra mundial. Entre los diversos intentos de alzamientos, todos fracasados, citemos el de Do Co Quang en 1913, las agitaciones del Alto Laos en 1914 y la rebelión de Yen-Bai en 1930.

ser tradicional en las relaciones de vecindad geográfica. Camboya parecía echar en olvido que era la heredera—aunque bien menguada—del gran imperio jemer que, desde el siglo VI al XII, unificó en una sola entidad el actual territorio camboyano, Laos y Cochinchina, logrando un alto grado de desarrollo cultural y artístico, del que todavía son asombroso testimonio las ruinas del templo de Angkor. Ciertamente que la decadencia de los imperios, una de las pocas leyes históricas que se puedan enunciar, se aplicó al Imperio jemer que, a partir del siglo XIII, entra en la era de las vicisitudes, la desintegración y la lucha contra Siam, actualmente Tailandia. No sólo quedó reducido el país a su núcleo inicial, es decir a la actual Camboya, sino que su vecino se apoderó de algunas provincias y sometió el resto a un especie de vasallaje. Tal vez por ello se hizo más soportable para Camboya que para otros países el protectorado de Francia que, en lo territorial, fue beneficioso. En efecto, por el tratado de Tokio de 1907, Francia impuso a Siam la devolución a Camboya de la provincia de Batambang y de parte de otras, lo cual puede justificar la amistad franco-camboyana que, de hecho, resistió el alud japonés en Indochina durante la II Guerra Mundial, en tanto que arrasó irremediamente los fundamentos de su presencia en el actual Vietnam. Ello no pretende decir que Camboya se distanciara de sus confederados llegada la hora de pedir que fuera reconsiderado su estatuto de protectorado. Aunque no tomó iniciativas en este sentido, Camboya unió su voz a la de los demás países, pero con su característica mesura y prudencia, sin destacarse.

Fue Norodom Sihanuk, coronado en 1941 después de la abdicación de su padre, quien asumió la tarea de llevar las negociaciones con Francia, país donde se había educado. Lo hizo hábilmente, sin despertar recelos en el campo asiático y sin menoscabo de las simpatías francesas por el joven rey. En 1946, como todos los países de Indochina, Camboya obtuvo el título de Estado asociado en la Unión Francesa. La Unión Francesa era una construcción jurídica poco o mal definida, que no hubo tiempo de definir mejor debido a la negativa de Ho Chi Minh a admitir esa fórmula ideada en París para apuntalar el Imperio colonial. En otro momento de la historia, la Unión Francesa, copia gala de la Commonwealth británica, hubiera representado una solución revolucionaria, susceptible acaso de ser aplicada con éxito. A raíz de la II Guerra Mundial, cuando Washington y Moscú de consuno pedían a gritos la descolonización, era inviable esa fórmula, que equivalía a

unir a una serie de países federados en torno a un Estado federador, Francia. Y, al socaire de la batalla, primero diplomática y más adelante militar, que Ho Chi Minh estableció para romper los lazos del Vietnam con la metrópoli, de 1949 a 1953 se registró entre Pnom Penh y París un sutil tira y afloja encaminado a que la pertenencia a la Unión Francesa fuera voluntaria y en igualdad de derechos con Francia, en vez de ser forzosa y en términos de desigualdad de los que eran exponente la «competencias» que Francia detentaba y que, realmente, reducían la supuesta independencia a una mera autonomía interna. Teóricamente, la independencia de Camboya fue reconocida por el tratado de 8 de noviembre de 1949. Pero de lo dicho en ese tratado al hecho de la independencia medió todo el trecho de la guerra franco-vietnamita (1949-1954).

En esa larga contienda, Camboya sólo se vió implicada en forma pasiva y accidental, en particular porque la pista Ho Chi Minh, trazada para abastecer desde el Norte a los combatientes del Viet-Minh, implantados en el delta del Mekong, tras cruzar el montañoso y selvático Laos, rozaba—y roza—la frontera de este país con el territorio jemer hasta penetrar en Vietnam del Sur. Con todo, Camboya sacó provecho de una lucha en la que no participó. Bajo la presión de los acontecimientos, Francia soltó lastre y reconoció en noviembre de 1953 la independencia camboyana, con opción para formar parte de la Unión Francesa en igualdad de derechos con ella. Así esperaba la metrópoli quitar leña a la lumbre vietnamita en vísperas de Dien Bien Fu. Camboya entró a formar parte voluntariamente de la Unión Francesa, considerando, en aquel tiempo, que podría reportarle ventajas en el orden económico y militar. No lo entendió así un sector de la población camboyana. La decisión del gobierno de Pnom Penh hizo entrar en acción una guerrilla jemer que desde hace años venía creciendo a la sombra de un Viet-Minh que se proyectaba en toda la península indochina y que desde 1949 había constituido el Pathet Lao, como una rama de aquella organización político-militar. Sin demora, tomando como pretexto la supeditación a Francia implicada en la pertenencia a la Unión Francesa, la guerrilla jemer nombró un gobierno en los territorios por ella controlados. Seguidamente, ese gobierno de la Camboya «liberada» empezó a actuar con vistas a sustituir a Norodom Sihanuk, singularmente en la Conferencia de Ginebra, convocada para poner término al conflicto Franco-vietnamita.

Laos, cuyas dificultades desde la Segunda Guerra Mundial son paralelas a

las de su vecina, que como ella pasó de la situación de Estado asociado en 1946 a la de Estado independiente en el marco de la Unión francesa en 1953, también se encontró en Ginebra con un gobierno nombrado por el Pathet Lao, cuya activa guerrilla ocupaba parte del país, en particular las provincias fronterizas con Vietnam. Los gobiernos de Pnom Penh y Vientian se vieron y se desearon para excluir de la conferencia a los representantes de la subversión en sus respectivos territorios, así como para lograr que las negociaciones relativas a sus países se disociaran de la negociación general del Vietnam, objeto fundamental de la reunión de Ginebra. Para ello hubieron de luchar en particular con la representación del Viet-Minh que, con pasos afelpados, tendía a caminar hacia la reconstitución de la Federación de Indochina bajo su dirección, objetivo éste al que no puede afirmarse ha renunciado. Para hacer triunfar la tesis de que Camboya y Laos no tenían más gobierno que los establecidos respectivamente en Pnom Penh y Vientian, los representantes legales negaron, o poco menos, la existencia en su país de un problema político, si bien admitieron la presencia de fuerzas subversivas. A corto plazo, la postura adoptada fue un acierto: sólo participaron en la Conferencia los gobiernos legales. Pero las negativas no anulan los hechos, como se evidenció posteriormente en Laos y más adelante en Camboya, ello a pesar del acuerdo de Ginebra de que las guerrillas fueran disueltas y del nombramiento de una Comisión mixta encargada de vigilar la operación.

A partir de Ginebra, Camboya empezó a surcar las aguas de su soberanía e independencia, en tanto que se desarbolaba poco a poco la nave de la Unión Francesa hasta quedarse varada en el olvido general. Pero el timón de la monarquía camboyana estuvo poco tiempo en manos de Norodom Sihanuk. Dificultades internas y la oposición de ciertos sectores provocaron a principios de 1955 su renuncia al trono. Volvió a reinar su padre. El autodepuesto rey se retiró a un monasterio budista. Sólo lo hizo por pocos meses durante los que, alternando las meditaciones con la política, organizó al Partido Socialista Popular, del que fue a un tiempo fundador y líder. Es este un hecho lo bastante insólito en materia de opción política por parte de una persona real como para destacarlo, aun dentro del amplio repertorio de inauditas acciones y reacciones de Norodom Sihanuk. El triunfo electoral de su partido lo sacó en septiembre de 1955 de su piadoso retiro para llevarlo a la jefatura del gobierno, lo cual es también un caso único en la historia. Desde ese puesto, Norodom Sihanuk sentó las bases de lo que pretendió que fueran las relaciones

de su país con el exterior, y en particular con sus turbulentos vecinos vietnamitas, ya enzarzados en su lucha: el neutralismo. Pero el estrechamiento de las relaciones con la U. R. S. S. y China Popular, aparte de contactos con el mundo occidental, y sobre todo con Francia, hasta que a un momento dado estuvo a la greña con Francia, dieron desde un principio un matiz ambiguo a un neutralismo declarado postura oficial de Camboya por Ley del 12 de enero de 1957.

El desarrollo de los acontecimientos en el vecino Vietnam del Sur no tardaron en dar oportunidad a esta Ley de aplicarse en forma práctica. Desgraciadamente, la aplicación mostró su inanidad. Nuevamente rey por fallecimiento de su padre en abril de 1960, Norodom Sihanuk reanudó su reinado cuando empezaba a tomar vuelos el conflicto vietnamita, debido en parte a la creación del Frente de Liberación Nacional, cuyo objetivo era no sólo derrocar al régimen de Saigón, sino también expulsar a las tropas «agresoras» norteamericanas, si bien por aquel entonces la ayuda que los Estados Unidos prestaban a su aliado asiático se centraba en una substancial aportación económica y una discreta, aunque positiva, asistencia militar. Pero es probable que el recuerdo del conflicto franco-vietnamita moviera a Norodom Sihanuk a idear medidas diplomáticas susceptibles de salvar a su pequeño país de un peligroso incendio, pues dada su debilidad y lo reducido de su fuerza militar no estaba en condiciones de detenerlo en sus fronteras con las armas en la mano³. Tal vez por ello, haciendo un llamamiento al mundo en la Asamblea general de las Naciones Unidas en septiembre de 1960, solicitó, que se neutralizara todo el Sureste asiático. La propuesta, óptima en principio, no prosperó, ni podía prosperar, toda vez que las grandes potencias ya habían echado su cuarto a espadas en ese conflicto que oponía un Vietnam del Norte con fuerzas militares aguerridas, un gobierno y una administración que funcionaban desde hacía tiempo y un pueblo sometido a recia disciplina a un Vietnam del Sur en período de larga y difícil organización, en el que pululaban los problemas de toda índole y cuyo ejército apenas si había rebasado la fase de proyecto. Una resolución de la O. N. U. en orden a la neutralización no la hubiera acatado Hanoi. Como quiera que las potencias que jugaban su juego en el tablero indochino no estaban de acuerdo para imponerle que la acatara, la propuesta de Norodom Sihanuk se fue a pique.

³ Camboya sólo tiene 6 millones de habitantes y su superficie no rebasa los 180.000 kilómetros cuadrados.

Por lo demás, los buenos deseos del dirigente camboyano en cuanto a la neutralización no resistieron la prueba de la Conferencia de Ginebra de 1962 que, en los textos, acordó ya que no la neutralización de toda la ex Indochina, sí la de Laos y Camboya. Pero el marcado carácter occidental de esa conferencia irritó a Norodom Sihanuk y Camboya no tomó parte en sus trabajos. En esta misma línea de preocupación por desligarse del mundo occidental, en particular en su expresión norteamericana, en 1961 Norodom Sihanuk rompió de nuevo sus relaciones diplomáticas con Tailandia, por estimar que este país estaba demasiado comprometido con los Estados Unidos⁴. Idéntica decisión adoptó en 1963 con relación a Vietnam del Sur, país con el que Camboya tiene en litigio la reivindicación de unos islotes del golfo de Siam. En realidad, la guerra que arreciaba en el delta del Mekong y las zonas fronterizas de Camboya impedía cada vez más la estricta observancia del neutralismo, tanto más cuanto que el Vietcong y sus aliados de Vietnam del Norte habían establecido santuarios en territorio camboyano, indudablemente a ciencia y paciencia de Pnom Penh, lo cual daba lugar a múltiples incidentes. La retirada de guerrilleros a un país oficialmente al margen de un conflicto no constituye una peculiaridad de la guerra del Vietnam. Tunicia y Marruecos brindaron asilo a los guerrilleros argelinos en lucha contra Francia. Estos dos países, sin negar su voluntad de prestar ayuda a sus vecinos y correligionarios, hicieron hincapié en que Francia, no podía ejercer el derecho de persecución en su territorio soberano. Norodom Sihanuk corrió un velo sobre la existencia de tales santuarios, denunciando solamente la violación de sus fronteras por los norteamericanos, postura política que revela un secreto propósito de no hipotecar un futuro que no estimó favorable a los objetivos que Washington perseguía a través de la guerra del Vietnam. De ahí ese nadar oficialmente por las aguas del neutralismo, ficción que los Estados Unidos se avenían a admitir, y guardar la ropa de la coexistencia con el socialismo asiático, peligroso de no ser amansado con hechos. Ha sido una postura cínica, pero ha permitido a Camboya ir trampeando escollos en una etapa difícil de su historia. Por lo demás, dada la extensión de las fronteras con Laos y Vietnam del Sur y la limitada capacidad militar de Camboya, Norodom Sihanuk hizo la política de sus medios, si bien, en ocasiones, dio sueltas a su antiamericanismo en forma destemplada, como, por ejemplo, cuando presentó en el Consejo de Seguridad una reclamación por la violación de sus fronteras. El Consejo de

⁴ Camboya rompió sus relaciones con Tailandia en 1958 y las reanudó en 1960.

Seguridad atendió distraidamente esa queja que no tuvo el don de frenar las incursiones aéreas sobre el territorio camboyano. Finalmente, Camboya rompió sus relaciones diplomáticas con los Estados Unidos en mayo de 1965, lo cual fue en definitiva un paso más hacia el campo comunista, tras la cortina de humo del neutralismo. Con todo, el aislamiento de Pnom Penh con relación al mundo occidental distaba de ser absoluto. Siguió manteniendo buenas relaciones con países europeos, entre ellos España, a un tiempo que con países tan significadamente comunistas como la U. R. S. S., China Popular y Vietnam del Norte.

Las relaciones con estos dos últimos países hubieran sufrido grave quebranto de no existir para ellos la conveniencia de no crear problemas con Pnom Penh, siempre que Pnom Penh tampoco se los creara a los vietcongs y norvietnamitas que operaban en Vietnam del Sur partiendo de sus bases de Camboya. En efecto, en 1967 se produjo en la provincia de Batambang una insurrección guerrillera. Se trataba del núcleo de la guerrilla cuya disolución se dispuso en Ginebra. Agazapada durante años, seguía viva pese a la prohibición del partido comunista en Camboya. Sólo comprendía alrededor de unos 2.000 hombres, pero bien implantados en el territorio con el apoyo de cuya población podían contar. Norodom Sihanuk tomó clara conciencia del riesgo que para el poder central entrañaba ese embrión de rebeldía. Y el gobierno de Pnom Penh, como cualquier otro país, recurrió a las fuerzas armadas. En parte por falta de medios militares, en parte por temor a que una acción demasiado enérgica incitara a los vietcongs y a los norvietnamitas a echar una mano a los guerrilleros, la acción gubernamental contuvo la guerrilla, pero no la aniquiló. De suerte que desde aquellas fechas, no sólo en la provincia de Batambang, sino en zonas fronterizas con Laos, se mantienen focos subversivos agrupados en el Partido del Pueblo, nombre de la organización político-militar a que pertenecen los llamados «jermers rojos».

Su existencia ha incrementado las apprehensiones de los sectores de extrema derecha cuyos representantes más significados han estimado oportuno establecer sus bases políticas en Tailandia. A este sector, que para simplificar calificamos con terminología occidental y que más se define por circunstancias económicas que por opiniones políticas, se contraponen una izquierda de imprecisos contornos influida en grados diversos por Pekín, aparte de las masas populares carentes de ideologías, pero que sencillamente siguen a Norodom Sihanuk, singularmente las masas campesinas. Es decir, que el golpe de Estado o derrocamiento del 18 de marzo se llevó a cabo en un contexto en

que la relación de fuerzas no era favorable a un cambio radical de las orientaciones políticas del país, por ambiguas o nocivas que fueran tales orientaciones, singularmente habida cuenta de la influencia china. Es de señalar que esa influencia en Camboya llegó a alarmar al propio Norodom Sihanuk. Hace un par de años, denunció el plan chino de estrategia global que apuntaba a dominar todo el Sureste asiático. Partiendo de esta premisa, pidió armas y ayuda a la Unión Soviética. Pero Moscú se mueve con pies de plomo en torno a ese polvorín que es el Sureste asiático, por recelar igualmente del peligro de un enfrentamiento directo con los Estados Unidos o con China. Y Moscú no voló en socorro de Camboya. Norodom no tuvo otro recurso que seguir jugando la carta de la contemporalización en lo interior y la del neutralismo en el exterior, si bien a medida que se acentuó la escalada en Vietnam, el Jefe del Estado camboyano multiplicara las trampas con la carta neutralista, pues todo sugiere que hace tiempo que ha apostado a favor del triunfo de las fuerzas que los Estados Unidos tratan de contener en el Sureste asiático. Tal vez viera en esa opción disimulada la única posibilidad de que el sistema de gobierno camboyano, híbrido de monarquía y socialismo, lograra sobrevivir una vez finalizada la larga tormenta que asola esa región.

De hecho, el paso del tiempo y la sucesión de los acontecimientos tienden a indicar cuán difícil es que no resulte fallido a la postre el propósito norteamericano de ayudar a Vietnam del Sur a afirmarse como nación independiente, democrática y prooccidental, previa derrota y encajonamiento de la República Democrática de Vietnam al norte del paralelo 17. Es más, a estas alturas, no resulta descabellado considerar la posibilidad de que todos los países de la antigua Federación de Indochina—y acaso Tailandia que geográficamente pertenece a esta región—vayan a corto o largo plazo, por el mismo o semejante camino que el de Hanoi. El recrudecimiento en el pasado febrero de la lucha entre Vientian y el Pathet Lao ha convertido en posibilidad una perspectiva que durante mucho tiempo ha sido sólo una eventualidad. Ciertamente, desde un punto de vista militar una victoria del Pathet Lao no hubiera agravado en forma decisiva las dificultades de Vietnam del Sur, toda vez que la presencia de Suvana Fuma en Vientian no ha logrado impedir—no más que los bombardeos masivos norteamericanos—el apoyo logístico a las fuerzas vietcong y norvietnamitas que operan al Sur del paralelo 17, ya que la pista Ho Chi Minh discurre en su casi totalidad por territorio controlado por Sufanuvong. Pero políticamente, la amenaza fue de extrema gravedad, tanto para Tailandia como para los sectores camboyanos reacios al comunismo. Si a ello

se agrega la política nixoniana de retirada, ya en marcha, aparece lógico que el peligro de caer bajo el yugo comunista se impusiera a los dirigentes camboyanos. Al margen del gobierno norteamericano ¿contribuyó la C. I. A., como afirman unos y niegan otros, a que aprovechando la ausencia de Norodom Sihanuk, a la sazón en París, su hombre de confianza, el general, Lon Nol, tomara plena conciencia de la inminencia del peligro? Lo que parece poco dudoso es que el gobierno norteamericano, pese a las afirmaciones comunistas, no reaccionó de primera intención con entusiasmo ante un gesto que algo tenía de desesperado. Ponía en el brete de la contradicción la política de Nixon. Era además un factor más de complicación agregado al ya intrincado problema inicial y podía echar por los suelos planes, previsiones y cálculos de los políticos y los ordenadores electrónicos.

En efecto, se evidenció en un plazo mínimo que el general Lon Nol no tenía los medios de la política de estricta y auténtica neutralidad que se propuso desarrollar. Tal política implicaba en primer término que, a su requerimiento, las fuerzas del Vietcong y de Vietnam del Norte evacuaran el territorio camboyanos. El ejército gubernamental, menguado en efectivos (se estima en unos 35.000 hombres), medianamente armado y moderadamente fogueado difícilmente podía imponer la decisión de Pnom Penh a los ocupantes. Y más difícil aún era que Hanoi y el gobierno provisional de Vietnam del Sur—con los que quedaron rotas las relaciones diplomáticas a raíz del saqueo de sus embajadas en la capital de Camboya—accedieran a la demanda cortésmente formulada por Lon Nol, el primero ciertamente en no esperar resultado alguno de su gestión. Agotadas las posibilidades de acuerdo por la vía pacífica, que ha sido pura comedia, sólo quedaba expedita la vía militar. Es decir, por el portillo de la defensa de la soberanía, entrar de hecho en una guerra—la del Vietnam—de la que, hasta ahora, mal que bien había podido librarse Camboya. A esta guerra se suma una contienda civil como consecuencia, de una parte, de una guerrilla cuya existencia no ignoraba el general Lon Nol y, de otra, de la respuesta popular a los llamamientos a las armas lanzados desde Pekín por un Norodom Sihanuk, nada resignado a su derrocamiento decidido por la Asamblea Nacional en la que, curiosamente, predominan elementos del partido que encabeza. Así en pocos días se constituyó la «gran guerrilla» aliada a los ocupantes.

Las informaciones diarias vinieron diciendo a las claras que el nuevo gobierno de Camboya, limitado a sus solos medios, no estaba en condiciones de resistir la presión de ese conglomerado y que se batía en retirada en un

territorio que en parte estaba fuera de su control. Las angustiadas peticiones de ayuda que Lon Nol ha dirigido a los países amigos eran una confirmación de que esperaba la salvación de un exterior que, durante un mes largo, se mostró sumamente cauto, si bien a mediados de abril las fuerzas survietnamitas, con el apoyo de la aviación y la artillería norteamericanas, iniciaron una ofensiva con dirección a la frontera de Camboya, a un tiempo que las fuerzas camboyanas trataban de forzar las defensas de los santuarios. Todo indicaba que se estaba asistiendo a una nueva fase de la lucha en el Sureste asiático, en la que sólo asiáticos habrían de vérselas entre sí. Posteriormente cayó un velo de silencio sobre esta operación que, inicialmente, parecía un éxito de los esfuerzos combinados para atenuar a los ocupantes de Camboya. La decisión adoptada por el presidente Nixon, contra vientos y mareas del Congreso y gran parte de la opinión, singularmente de la prensa norteamericana, sugieren que esa primera prueba en serio de la capacidad combativa de las fuerzas armadas «vietnamizadas» ha defraudado. Y, como Don Quijote con su yelmo, se ha estimado más prudente no insistir y buscar otra fórmula: la intervención norteamericana para rematar la operación, que es aniquilar los «santuarios». El presidente Nixon ha declarado que sólo se trata de una intervención limitada en el tiempo, pues tal se presentan seguramente las cosas en los planes sometidos a su consideración por el Pentágono. Pero el tópico de que se sabe cómo empieza una guerra—o una intervención que, de hecho, es una ampliación de la guerra—puede aplicarse en este caso, como a cualquier otro. Por ejemplo, nadie podía sospechar—y los israelíes no son una excepción—que después de la derrota de la guerra de los Seis días, la no paz que es casi guerra duraría años. Por lo demás, la experiencia de la guerra de Corea ha mostrado que los conflictos entre una superpotencia y un país enano no implica forzosamente que el primero aplaste al segundo. Por ello, como quiera que a la hora de redactar siguen los combates, los cuales, por cierto, no parecen desarrollarse según tácticas renovadas, nos abstenemos de prejuzgar el éxito decisivo o el éxito a medias, equivalente a un fracaso, de la decisión adoptada. Nos limitamos a señalar que, en el orden interno ya ha producido lamentables consecuencias, cual los alborotos en las Universidades que han causado muertos, el enfrentamiento de parte del Senado con el presidente y una especie de pánico en la bolsa. Todo ello, estimamos, tiene mayor importancia que «jugarse el mandato» como dijera Nixon, cual si una reelección presidencial fuera un factor que entre en línea de cuentas a la hora de adoptar decisiones políticas que comprometen a todo un gran país.

Francia, como de costumbre en todo lo que respecta a un Sureste asiático del que salió muy escarmentada, se ha mostrado más que prudente, reticente. Ha cancelado la cooperación que, con breves eclipses, ha mantenido durante veinte años con Camboya en todos los ámbitos. Es negarle el pan y la sal a Lon Nol y sus seguidores. Y, una vez más, el gobierno galo ha insistido en la búsqueda de una solución para la antigua Indochina, ello por vía diplomática, como hizo saber a raíz del consejo de ministros del pasado 1 de abril, preconizando la reanudación de la Conferencia de Ginebra de 1954, pero con asistencia de todos los países, incluida China Popular, y también de las organizaciones implicadas en la lucha. Cabe preguntarse si Francia no juega secretamente la carta de una reconstitución de la Federación de Indochina que se llamaría socialista y sería comunista. Tal vez vea en esta fórmula, aplicada sin excesivas tardanzas, una manera de sustraer la península a la influencia de China que, de prolongarse el conflicto, singularmente si se amplía a sus fronteras con Laos, no podrá sino incrementarse. Por su parte, aunque denunciando a voces la acción norteamericana, la U. R. S. S. se muestra cauta en un conflicto que, en definitiva, aleja de sus fronteras las preocupaciones chinas. Muy extrañamente, la declaración oficial que la U. R. S. S. ha hecho sobre Camboya, en vez de figurar en una nota al gobierno norteamericano, ha sido dada a conocer en conferencia de prensa de Kosyguin ante los periodistas acreditados en Moscú, el 4 de mayo. Es ésta acaso una fórmula para «salvar la cara» ante los países asiáticos, sin por ello crear tensiones con Wahington, si bien el dirigente soviético ha mencionado los obstáculos que la intervención norteamericana levanta en el largo camino de un acuerdo sobre los armamentos estratégicos que se negocia en Viena. Es decir, que el asunto de Camboya provoca y provocará consecuencias de difícil previsión, incluso en el caso de una victoria rápida e indiscutible de las armas norteamericanas en esa región de Indochina. Hace unos años, el telón se hubiera bajado sobre la acción bélica para alzarse sobre la paz. Pero el contexto político—singularmente en Asia—ha sufrido modificaciones que no cabe neutralizar mediante una victoria que, en definitiva, sería local. En este orden de ideas, la conferencia que han celebrado en un lugar secreto, los días 25 y 26 de abril, los representantes de Vietnam del Norte, del Pathet Lao, del gobierno provisional de Vietnam del Sur y Norodom Sihanuk, promovido jefe de la guerrilla roja de Camboya, aparece como una unificación de los esfuerzos, de momento, en lo militar, y la confirmación de que la guerra del Vietnam es ya la guerra de Indochina. Una guerra en que la presencia física de los soldados norteameri-

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

canos y los bombardeos masivos hacen retroceder a los combatientes enemigos, pero no aseguran por ello la pacificación del territorio ocupado. Por lo demás, no cabe descartar la posibilidad de que, renunciando a ataques masivos y tácticas clásicas, los nuevos aliados indochinos se preparen a una paciente guerra de desgaste, con guerrillas diseminadas por amplias superficies, cuanto más amplias más propicias para este tipo de lucha en la que se registran contadísimos fracasos de poder contar aquéllas con una ayuda exterior. La proximidad de China, no plantea interrogantes en cuanto al origen de esa ayuda.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA.